

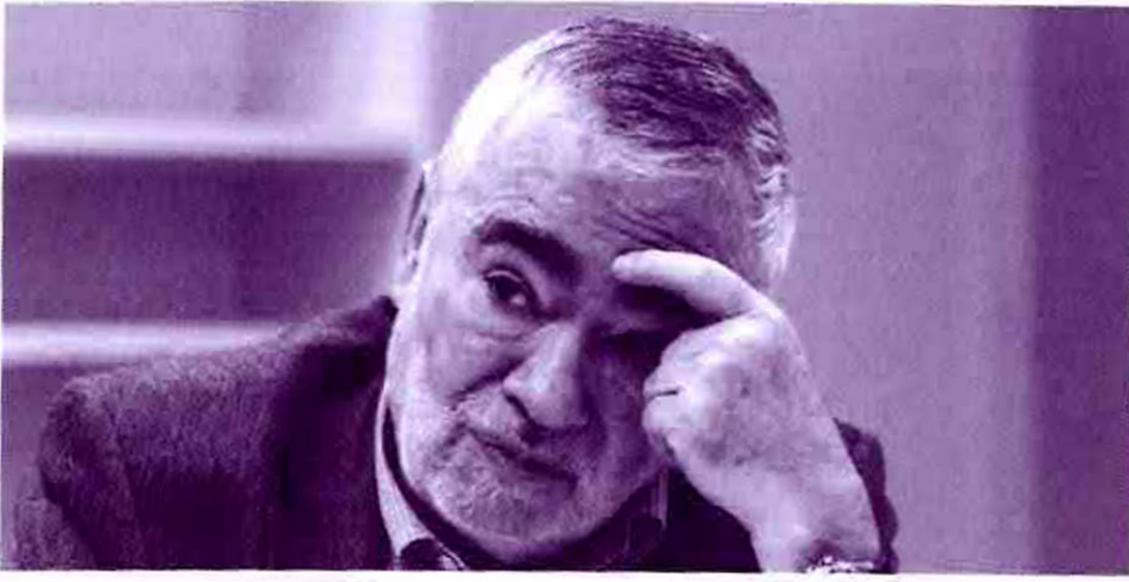
*colección*  
**PERIODISMO  
CULTURAL**

# *Palabras reencuadradas*

Ignacio Solares

PRÓLOGO DE VICENTE LEÑERO





Ignacio Solares nació en Ciudad Juárez, Chihuahua. Estudió en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Fue jefe de redacción de la revista *Plural* cuando su director era Octavio Paz. Dirigió el suplemento cultural del periódico *Excélsior*, *Diorama de la Cultura*, hasta la salida de Julio Scherer en 1976. También ha dirigido el suplemento de la revista *Siempre!*, *La Cultura en México*, desde 1991, y la revista *Quimera* en su edición mexicana, así como *Semana de Bellas Artes*. Es autor del reportaje *Delirium Tremens* y de novelas como *La noche de Ángeles* (Premio Diana Novedades 1989), *Madero, el otro* y *El gran elector*, llevada al teatro y por la que obtuvo el Premio a la Mejor Obra del Año otorgado por las tres asociaciones teatrales de México. Ha publicado *Nen, la inútil* (Premio Fuentes Mares 1996), *Columbus*, *El sitio* (Premio Xavier Villaurrutia 1999), *Cartas a una joven psicóloga*, *El espía del aire*, *No hay tal lugar* (Premio Mazatlán de Literatura 2004), *La invasión*, *La instrucción y otros cuentos*, *Imagen de Julio Cortázar*, *Cartas a un joven sin Dios* y *Ficciones de la Revolución mexicana*. En la Feria Internacional del Libro de Guadalajara recibió el Premio Nacional de Periodismo Cultural Fernando Benítez 2008. Ha sido becario de la Fundación Guggenheim. Actualmente dirige la *Revista de la Universidad de México*.



Iván Illich: por una sociedad no medicalizada, no escolarizada, no tecnificada... y sin sacerdotes . . . . .	89
Hans Küng: la historia juzgará a Juan Pablo II como uno de los mayores responsables de la propagación del SIDA en el mundo . . . . .	98
Augusto Monterroso: necesidad de la sátira . . . . .	104
Álvaro Mutis: la nostalgia religiosa . . . . .	109
Octavio Paz: respuestas a diez preguntas puntuales . . . . .	116
José Revueltas: la verdad es siempre revolucionaria, no importa de dónde surja ni el uso que se haga de ella . . . . .	123
Ernesto Sábato: sólo el mito, el arte y el sueño nos salvarán de esta era científica . . . . .	131
Jaime Sabines: el filósofo piensa, el poeta ve . . . . .	137
Fernando Savater: espero que mi opinión de Dios mejore conociéndolo personalmente . . . . .	145
Mario Vargas Llosa: el paraíso posible . . . . .	154

## *Entrevistarás a tu prójimo*

**A**tiende, lector amigo:

De viva voz se escucha aquí hablar a los protagonistas de un buen trozo de nuestra cultura universal. Gente del siglo que acaba de transcurrir. Algunos son sobrevivientes llegados a la creativa vejez. Otros, la mayoría, irremediabilmente desaparecidos —es un decir, puesto que continúan enteros y perdurables en las páginas de sus libros.

Todos son personajes-personajes cuyos nombres le resuenan a cualquiera como tañidos de campanas permanentes.

(Sólo uno de ellos —rarísima excepción— es el tenebroso Nicolae Ceausescu, quien jamás pergeñó un cuentecillo, pero que es tomado aquí no como sujeto de una entrevista imposible, sino como la imagen mítica y terrible del Drácula de Stoker.)

Siempre es un placer oír hablar a los que escriben: a los que para vivir han escrito o han escrito para vivir. Sus voces roncas o aflautadas, traducidas en palabras de molde con la sintaxis que exige jalar de la grabadora una fluida conversación, derivan en enseñanzas literarias, en ampliación de sus textos personales, en esclarecimiento del mundo de sus ficciones, en el discurso coherente, a veces explosivo, del tiempo que vivimos.

Todos ellos, desde el Borges de 1973 al Vargas Llosa de 2003, han sido o siguen siendo copiosamente entrevistados, lo mismo cuando viajan para presentar libros o para participar en conferencias, que cuando se encierran en sus torres de marfil a donde irrumpe de pronto, cual moscardón intrépido, el periodista atraído por el brillo del célebre.

Muchos, por no decir todos, han sufrido con impaciencia al reportero latoso que no necesita saber siquiera de títulos para soltar preguntas cajoneras y cumplir así con la orden de información de un jefe imperativo. Ellos están acostumbrados a tolerar tipejos de esa especie y se defienden con respuestas cajoneras también, quizás irónicas.

No es frecuente, pero sí muy estimulante para el famoso, encontrarse una tarde con un preguntón que sabe de sus obras, de sus manías, de su credo ideológico y político, y con quien es posible de veras enredarse en una jugosa conversación.

Éste es el caso de Ignacio Solares —escritor también, como sus entrevistados— que antes que valerse de los lugares comunes del reportero ignorante, sabe tirar la hebra de la plática para convertir en eso, en una plática, la entrevista solicitada oficialmente, o ganada a pulso tras una búsqueda febril.

Solares inició su vida profesional como reportero —siempre infatigable lector— y concluyó sus años de prueba convirtiéndose en narrador, dramaturgo, ensayista, director de suplementos y revistas culturales. Pero no abjuró del periodismo. Se valió más bien de su sagacidad innata para olfatear los temas de interés, para avistar a los personajes dignos de atornillar al sillón de una plática reporteril y extraer mediante ella el zumo de la fruta que representa todo encuentro con los inteligentes.

Inteligentes también son estas entrevistas compiladas en un libro forzosamente fechado: en 1971 la de Octavio Paz, en 2002 la de Savater. Las fechas son aquí imprescindibles. Permiten trasladarse a la época exacta de su factura y cotejar puntos de vista de aquel tiempo con venideros desplantes. Confirmar la permanencia de una postura, de un criterio o un juicio eventual. Examinar los cambios, lo que hicieron o dejaron de hacer después. Lo que quizá rectificaron. Lo que asumieron siempre a manera de testamento. Lo que nosotros lectores retomamos de ellos para conocerlos y apreciarlos el día de hoy.

Las sorpresas son continuas, inevitables. El perfil de cada personaje se va dibujando en el tiempo —gracias a la precisión con que Solares traduce o sintetiza su pensamiento— a la

manera de esos retratos hablados que solamente los grandes periodistas logran dibujarnos en un texto testimonial.

Son dieciocho capítulos de un libro afortunado. Vale la pena disfrutarlo y subrayarlo porque en la voz de este grupo de notables —no hay figuras de paja— se alcanza a escuchar un rumor de claves literarias, sociales, políticas, ideológicas, dictadas por el cerebro que nos piensa.

*Vicente Leñero*



## *Introducción*

**C**omo el lector podrá comprobar, el tiempo en que fueron realizadas las presentes entrevistas abarca casi cuarenta años. Algunas de ellas, como las de Carlos Fuentes, Goytisolo y Octavio Paz, se refieren a hechos políticos o literarios muy específicos. O como la de Iván Illich: a la medicina y la educación. Otras se abren a situaciones más atemporales y hasta teológicas, como la de Hans Küng. Algunas más, como la de García Márquez, tienen como tema la negación —aparente— al género de la entrevista. ¿Por qué, o para qué hacerle una entrevista a alguien que no quiere ser entrevistado, y que sin embargo contesta a las preguntas que se le hacen? Recordé aquel comentario de Sartre: “quien dice no tener ninguna postura política, en su negativa ya tiene una postura política”. Otras más fueron exhaustivas, como la de Erich Fromm, e implicó más de una mañana de preguntas y respuestas. O la de Vargas Llosa, que se dio en un diálogo público hace pocos años. Total, todas estas entrevistas están marcadas, sin remedio, por su fecha y sus circunstancias, y son esa fecha y esos comentarios los que pueden prestarles su interés y su contexto. Sin embargo, alguna, como la de Borges, me parece que ayuda a comprender un poco más la obra y hasta el humor negro de su autor.

Varias de estas entrevistas fueron realizadas en colaboración con Josefina Millán, se publicaron en el *Excelsior* de Julio Scherer, en *Revista de Revistas* de Vicente Leñero, y se transmitieron por Radio Universidad.

*Ignacio Solares*



***Jorge Luis Borges: soy tan escéptico  
que empiezo a dudar de que no exista Dios***

**B**orges permanece de pie afuera de su cuarto (que en realidad es un pequeño departamento) en un hotel en las Lomas, con las manos apoyadas en su imprescindible bastón, la cabeza muy alta y recibiendo un sol pálido que acentúa la transparencia de su rostro. Un rostro profundamente apacible, casi etéreo, con una ausencia acentuada por la ceguera, sin las marcas de los rostros con que nos cruzamos cotidianamente; casi puede decirse que sin las marcas de esta lucha permanente a que estamos condenados los humanos. Un rostro que —en algún aspecto, por lo menos— ha permanecido al margen. Un rostro que explica por sí mismo todo lo que es Borges: el hombre, el escritor. Él mismo se describió a través de su *Funes el memorioso*, con sus facciones singularmente remotas. Pero, curioso, su ausencia no es fría. Al contrario. Hay un calor, una bondad implícita en sus palabras por más que vengan como de tan lejos, o quizá por eso mismo. En uno de sus mejores textos, “Sentirse en muerte”, dijo que él era un “percibidor abstracto del mundo”. Da la impresión de que sus ojos —aunque ciegos para este mundo— miran hacia otra parte, hacia aquello que —según sus propias palabras— está detrás de nosotros, y que la mayoría —pobres videntes— no alcanzamos a percibir. Cuando se dirige a uno, cuando escucha, cuando pregunta, cuando trata de alcanzar el contacto de una mano, es como si buscara un rostro que sólo él es capaz de adivinar. ¿Qué mira Borges?

Pasamos al recibidor del pequeño departamento y Borges se sienta, muy relajado, en un sillón de amplios brazos. Por

momentos, se apoya con las manos sobre su bastón y echa el cuerpo al frente, como si se asomara a un balcón.

—*El escepticismo de Borges, tan declarado y tan manifestado en tantas actitudes, ¿no es más bien un escepticismo ante la especie humana, ante sus posibilidades de salvación?* —Borges se concentra unos segundos, como buscando en lo más hondo de su oscuridad la respuesta.

—Pues no, no creo que sea así. Yo creo en el hombre, sobre todo si está solo, consigo mismo. Ahí está su verdadera posibilidad de salvación. Soy escéptico ante los grupos humanos, las nacionalidades, los mítines políticos, las sectas y todas esas aberraciones que padecemos.

—*Sin embargo, ha dicho usted que sus convicciones parten de ser, sobre todo, argentino.*

—Es cierto. Le digo esto a pesar de saberme, de sentirme profundamente argentino. Soy argentino de un modo indefinible, inescrutable. Un psicólogo diría que estoy condicionado por ser argentino, no tiene remedio. Como decía Macedonio Fernández: “si al llegar al cielo, san Pedro nos pide carta de nacionalidad, estamos perdidos”.

—*O sea, usted defiende la individualidad, sobre todo en cierto proceso de autoconocimiento, pero está en contra del yo como tal. Al final de su nota sobre Bernard Shaw escribe que no cree en las filosofías de Heidegger y Jaspers porque fomentan la ilusión del yo.*

—No me diga, ¿yo escribí eso? Qué barbaridad, pensaba que jamás había mencionado en mis textos a Heidegger y a Jaspers, a quienes, por lo demás, apenas conozco. Es que hace un rato largo que no releo mis textos. Los poemas sí, algunas veces. Cuento con tan poco tiempo. Pero sí, creo que el *yo* es nuestro mayor pecado. Pero, entendámonos, el *yo* tiene poco que ver con la individualidad, con ser distinto a los demás. Digamos que los humanos somos distintos unos a otros por algo que desconocemos. Creemos que somos distintos unos a otros por nuestro amado *yo*, pero no es así, es por otra cosa. Tres de los autores que siempre he admirado: Schopenhauer, Hume y Berkeley, siempre hablaron del *yo* como una ilusión, y creo que

estaban en lo cierto. Hume decía una frase linda: “cuando me busco, nunca estoy en casa”. ¿No es linda la frase?

—*Ahora que hablamos de la negación del yo, ¿le ha interesado el budismo?* —Borges sonríe, reflejando un verdadero entusiasmo.

—Mucho, muchísimo. Inclusive, pienso escribir un libro sobre Buda. Será un trabajo apasionante. He leído bastante sobre él y quiero ver qué sale al intentar poner en orden esas ideas. Pero hay algo: no creo que la negación del *yo* sea patrimonio exclusivo de la filosofía oriental como algunos piensan. La prueba es que me he apoyado en tres autores occidentales. Lo que sucede es que los hemos estudiado mal. Nuestros grandes filósofos siempre nos han advertido sobre la ilusión del *yo*. Y hay un gran escritor que escribió bellamente sobre esto: Bernard Shaw. Decía: “yo, que no soy nada ni nadie, puedo entenderlo todo y a todos”. ¿No es lindo? —al mencionar el nombre de Shaw, Borges cambia el rumbo de su respuesta y se centra en el escritor irlandés—. Yo he sido injusto con Shaw —dice, con tristeza—. En la nota que escribí sobre él fui tímido. Por lo demás, siempre he sido un escritor tímido. Debía de decir, claramente, que para mí Shaw es uno de los grandes escritores de todos los tiempos. Quizá lo de gran escritor me sonaba fácil, a lugar común. A veces esas etiquetas son un *boomerang* que se vuelve contra nosotros. Pero debí arriesgarme.

—*¿Por qué admira tanto a Shaw?*

—Quizá la razón principal sea porque es un escritor totalmente opuesto a mí: él no era tímido. Es de los pocos, poquísimos escritores que se ha *atrevido* a crear personajes heroicos. Estamos plagados de personajes miserables, frustrados: la literatura rusa nos ha dado un montón de ellos. Pero personajes heroicos casi no tenemos y son más necesarios que los otros. Usted recuerde los personajes de Shaw: Julio César, Blanco Posnet, Lavinia, Shotover, de *El discípulo del diablo*; son personajes que respiran una gran vida, que no están atormentados por sus miserias personales, que buscan abrirse a un destino más alto. Sin embargo, en general se prefiere a los personajes frustrados. Curioso, ¿no?

Borges se detiene. Voy a formular otra pregunta, cuando agrega:  
—Y Conrad. No hay que olvidar a Conrad. También creó personajes heroicos. Otro gran escritor, Conrad. También sobre él debí escribir...

Y nuevamente el dejo de tristeza: a Borges el tiempo se le va, *lo desgasta incesante*, como dice uno de sus poemas, ya no da para mucho más, es apenas un delgado hilo que hay que aprovechar al máximo. ¿Sobre cuántas cosas más quisiera haber escrito Borges?

—*Respecto a la ilusión del yo, usted escribió en Sentirse en muerte que hubo una ocasión en que llegó a percibir —aunque sólo haya sido por unos segundos, fugazmente— la eternidad.*

A pesar de su mirada apagada, hay un brillo en los ojos de Borges. Un brillo que parece surgir de su interior, reflejo quizá de recordar algún texto, algún autor, alguna de esas cinco páginas que, dice, será cuanto el tiempo salve de su obra.

—Sí. Fue la única experiencia mística que he tenido. La única. Duró apenas unos segundos o unos minutos... en fin, no sé; esas cosas ocurren fuera de tiempo. Fue muy intensa y fue exactamente como la relaté. Recuerdo que sucedió una noche y sólo algunos días después pude escribirla, pasarla totalmente a la conciencia.

He aquí un fragmento del texto *Sentirse en muerte*, tan fundamental en la vida y en la obra de su autor.

Deseo registrar aquí una experiencia que tuve hace unas noches: fruslería demasiado evanescente y extática para que la llame aventura; demasiado irrazonable y sentimental para el pensamiento. Se trata de una escena y de su palabra: palabra ya antedicha por mí, pero no vivida hasta entonces con entera dedicación [...] La rememoro así: la tarde que precedió a esa noche estuve en Barracas: localidad no visitada por mi costumbre y cuya distancia de las que después recorrí, ya dio un sabor extraño a ese día. Su noche no tenía destino alguno; como era serena, salí a caminar y recordar. No quise determinarle rumbo a esa caminata; procuré una máxima lasitud de probabilidades

para no cansar la expectativa con la obligatoria antevisión de una sola de ellas. Realicé, en la mala medida de lo posible, eso que llaman caminar al azar; acepté, sin otro consciente prejuicio que el de soslayar las avenidas o calles anchas, las más oscuras invitaciones de la casualidad. Con todo, una suerte de gravitación familiar me alejó hacia unos barrios de cuyo nombre quiero siempre acordarme, y que dictan reverencia a mi pecho. No quiero significar así el barrio mío, el preciso ámbito de la infancia, sino sus todavía misteriosas inmediaciones: confín que he poseído entero en palabras y poco en realidad, vecino y mitológico a un tiempo. El revés de lo conocido, su espalda, son para mí esas calles penúltimas, casi tan efectivamente ignoradas como el soterrado cimiento de nuestra casa o nuestro invisible esqueleto. La marcha me dejó en una esquina. Aspiré noche, en asueto serenísimo de pensar. La visión, nada complicada por cierto, parecía simplificada por mi cansancio. La irrealizaba su misma tipicidad. La calle era de casas bajas y aunque su primera significación fuera de pobreza, la segunda era ciertamente de dicha. Era de lo más pobre y de lo más lindo. Ninguna casa se animaba a la calle; la higuera oscurecía sobre la ochava; los portoncitos parecían obrados en la misma sustancia infinita de la noche [...] Me quedé mirando esa sencillez. Pensé, con seguridad en voz alta: esto es lo mismo de hace treinta años [...] Conjeturé esa fecha: época reciente en otros países, pero ya remota en este cambiadizo lado del mundo. Tal vez cantaba un pájaro y sentí por él un cariño chico, de tamaño de pájaro; pero lo más seguro es que en ese vertiginoso silencio no hubo más ruido que el también intemporal de los grillos. El fácil pensamiento *Estoy en mil ochocientos y tantos* dejó de ser unas cuantas aproximativas palabras y se profundizó a la realidad. Me sentí muerto, me sentí percibidor abstracto del mundo; indefinido temor imbuido de ciencia que es la mejor claridad de la metafísica. No creí, no, haber remontado las presuntivas aguas del Tiempo; más bien me sospeché poseedor del sentido reticente o ausente de la inconcebible palabra *eternidad*. Sólo después alcancé a definir esa imaginación.

—¿Nunca se repitió una experiencia así, aunque fuera aproximadamente?

—Bueno, aproximadamente yo pienso que todos las hemos tenido. A veces uno va por la calle, mira un portón, una fachada antigua, y algo salta en la memoria y por momentos fugaces el tiempo pierde su continuidad. Pero basta el más leve pensamiento, la más leve reflexión, para que se rompa el hechizo. Lo difícil no es percibir ese estado intemporal, sino mantenerlo. Me pregunto si los humanos seremos capaces de ello. Porque los humanos estamos llenos de pasiones y yo siempre he pensado que una pasión, cualquier tipo de pasión, borra irremisiblemente la visión de la eternidad, si es que llegamos a alcanzarla. En fin, es lindo hablar de esto aunque no sean más que sueños, ¿no? Ha sido la máxima aspiración de los buenos filósofos de todas las épocas: entrar en otra dimensión del tiempo, mantener esa experiencia lo más posible. Ese Todo que llaman los budistas.

—¿Cree en lo que Huxley llamó la Suprarrealidad?

—No es tanto problema de creer en ella o no creer, sino percibirla. Me pregunto si Huxley la percibió —Borges mueve la cabeza a los lados, dubitativamente—. Tal vez, ¿por qué no? Era un hombre inteligente —y en ese momento su tono de voz se vuelve más áspero—. Por lo demás, no sé por qué el estilo literario de Huxley me despierta repugnancia. Hay algo que me aparta de él. Quizá sea una deficiencia mía. Quizá yo no soy digno de una inteligencia tan clara como la de Huxley. Pero de alguna manera creo que le faltaba poesía a su estilo. Era demasiado “prosaico”.

Sonríe. Parece que va a hablar de otra cosa. Estoy a punto de interferir con una pregunta, pero Borges retorna:

—Además, las novelas de Huxley, con excepción de *El mundo feliz*, son malas, malísimas. Queda el consuelo de que si nos oyera él sería el primero en estar de acuerdo; la ventaja de una inteligencia clara como la Huxley es que no se guardan falsos conceptos sobre uno mismo. Eso creo.

Nueva pausa, como preguntándose la causa de lo que ha dicho, como preguntándose por qué no le gusta Huxley. Por fin, parece encontrar, por lo menos en parte, una respuesta:

—Además, está demasiado seguro de lo que dice. Los escritores que están demasiado seguros de lo que dicen —aunque tengan razón— no son siempre los mejores. Prefiero un escritor que duda, que no sabe por qué dice algo. Los que son capaces de contradecirse al instante siguiente de haber afirmado algo.

—*Un intersticio, y pregunto por qué, si se ha declarado agnóstico, francamente escéptico respecto a la existencia de un Dios personal que actúa directamente sobre los humanos, sus textos repiten una y otra vez la presencia de Dios. Hay inclusive un cuento suyo, El milagro secreto, en el que Dios es casi el personaje principal.*

Por lo visto, a Borges le gustan ese tipo de preguntas, porque sonrío irónicamente como adelantando por dónde va a ir la respuesta:

—Sí, he escrito mucho sobre Dios, inclusive he escrito una demostración casi humorística sobre su existencia. Pero al fin de cuentas no sé si creo en Dios. Creo que algo, no nosotros mismos, está detrás de las cosas. Algo inescrutable. Pero respecto a Dios... tengo miedo de creer en Dios porque los humanos siempre creemos en Dios más por autocompasión que por otra cosa. Es horrible, vergonzoso, que la lástima por nosotros mismos y por los demás nos lleve a invocar a Dios. Prefiero decir como Shaw: en vista de las circunstancias catastróficas del mundo, he renunciado a las bondades del cielo. Quizás el infierno es un sitio más digno para nosotros los humanos. Cada vez que caemos en la tentación de creer en una divinidad deberíamos de recordar a Santa Teresa: "no me mueve, mi Dios, para quererte, el cielo que me tienes prometido". Por lo demás, a últimas fechas me he vuelto tan escéptico, que empiezo a dudar de que de veras no exista Dios.

Cambiando de tema, Borges dice algo en voz muy baja sobre el dolor; luego agrega, ya en un tono más alto:

—El dolor es algo que no le agrada a nadie, por supuesto. Yo no tengo tanto miedo a la muerte como al dolor. Recuerdo

que mi abuela —que era una persona de veras brillante— decía que Cristo, a pesar de su calvario, no debe de haber sufrido más de lo que sufre cualquier otro ser humano. Además, su dolor tenía una justificación, en cambio el nuestro... Ir al dentista, por ejemplo, es algo que por sí solo debería de ganarnos el cielo. Nada he padecido tanto en mi vida como ir al dentista.

Borges sonrío y agrega: “claro que estar clavado en una cruz...” Y enseguida salta a contar otro comentario de su abuela:

—Mi abuela decía —quizá gracias a sus comentarios empecé a interesarme en estos temas— que Cristo, si de veras cargaba con los pecados de todos los humanos, debe de haber sido un ser horrible, casi monstruoso. Y tal vez tenía razón. ¿Cómo un Dios que se hace hombre, que está a favor de los pobres de espíritu, de los humildes, de los desheredados de la tierra, va a autoconcebirse como un ser bello, de blonda cabellera? Sería un acto injusto de Dios. Sería un acto racista de parte de Dios. Imposible. Por eso Cristo debe haber sido francamente feo, feísimo, y todas esas pinturas que nos lo muestran hermoso son pura tontería y, lo que es peor, cursilería.

—¿Qué significa para usted la figura de Cristo?

—Siempre he tenido una admiración muy especial por Cristo. Creo que es un pilar en la historia del mundo y que lo seguirá siendo, quizás inclusive más en el futuro. Sin embargo, yo siento que hay algo que le sobra a Cristo. O que le falta, y que no lo hace todo lo simpático que fuera de desear. Por ejemplo, a mí me parece que Sócrates es más simpático. Y Buda también. En Cristo hay algo como de político que no me acaba de convencer. Inclusive, por momentos me parece hasta demagógico. Por ejemplo, la maldición a la pobre higuera porque no da frutos. O aquello de que los últimos serán los primeros. ¿Por qué? —la mano de Borges regresa con un movimiento brusco, casi de coraje, al bastón—. ¿Por qué? Es injusta esa aseveración. Es absurda. O aquello de que los pobres de espíritu heredarán la tierra. ¿Por qué? No lo entiendo. Y menos entiendo esa idea miserable de que los ricos no entrarán al reino de los cielos

porque aquí, en la tierra, ya recibieron su recompensa. Si el reino de los cielos es eterno, ¿cómo puede comparársele a unos cuantos años de supuesta felicidad aquí en la tierra? Lo eterno no tiene derecho a competir con lo temporal. Es injusto. Y por eso también me parece injusto lo de la condenación eterna. Yo no puedo creer en dolores que se prolongan más allá de nuestra estancia en la tierra, que ya es de por sí bastante dolorosa. Pero no hablemos más de esto por favor. Alguien podría ofenderse. Los católicos son muy susceptibles. Mi madre es católica. Yo no puedo serlo. Mejor dicho, lo fui unos cuantos minutos, cuando me enteré de que mi padre se había confesado y comulgado. Pero entré a su recámara a hablar con él y me dijo que lo había hecho sólo por darle gusto a mi madre, que al sacerdote le había dicho puras mentiras, con lo cual acabó con la incipiente fe que había nacido en mí. Pero he admirado a varios escritores católicos como Chesterton y Léon Bloy. Por cierto —y levanta el rostro, regresando de los recuerdos por los que andaba—, siempre he pensado que la culpa del catolicismo de Chesterton la tuvo Hilaire Belloc por polemizar tanto con él. Lo obligó a esgrimir argumentos, a buscarlos, a afianzarlos. Le hizo mucho daño a Chesterton, quien era un gran poeta y con eso le hubiera bastado. En cambio, Belloc era quizá más inteligente, pero frío, muy frío. Y mientras tanto Bernard Shaw atrás del escenario, mirándolos, escuchándolos muerto de la risa. Y francamente con toda la razón. Qué refrescante el humor de Shaw.

—*Usted, que ha reivindicado la Cábala, que admira tanto el "Cratilo" de Platón (donde se dice que la palabra es el arquetipo de lo que nombra), ¿cree como dicen los estructuralistas que el lenguaje es el principal personaje en la literatura?*

—Me gustan las palabras, me gusta estudiarlas, pero espero que haya algo más allá de ellas. Por supuesto que es fundamental cómo se dicen las cosas, pero pienso —tengo la esperanza— que no es lo más importante. Tenemos argumentos para suponerlo así. Por ejemplo, siempre he creído que la esencia de la literatura no está tanto cuando se la escribe como cuando se la ima-

gina, cuando se la concibe. Aunque la escondamos, ahí está ya la literatura. Ahora, cómo se va a trasladar esa imaginación al papel, ése es otro problema. Un problema muy de técnica, de estructura, lo cual avalaría mi admirado Henry James con su teoría del *punto de vista*.

—¿Cree usted en la inspiración, en la supremacía del inconsciente al escribir, o cree que la materia literaria se debe de trabajar como con cincel y con martillo, muy conscientemente?

—Creo en las dos cosas. Creo que una vez con la materia literaria en la mano, hay que trabajarla como con cincel y con martillo. Pero también creo que el escritor no es dueño de ese material, ni siquiera sabe de dónde surge y por qué surge. Es más, si de verdad quiere manejarla no debe pretender ser dueño de ella, analizarla demasiado. Ese material es un misterio y como tal debe utilizarlo.

—¿Como una posesión?

—Podría decirse que como una posesión. También Henry James estaría de acuerdo en esto.

—¿O como una sublimación?

—Sí, los freudianos dirían que escribir es una sublimación de nuestros problemas inconscientes. Pero esto no agrega nada al misterio, lo deja total y absolutamente intacto, por suerte. La realidad es que el escritor sabe muy poco de la fuente de donde surge su material. Y qué bueno. De otra forma, el escritor sería el mejor crítico de su obra y esto nunca es así, por lo menos entre los buenos autores. En cambio los críticos de profesión —que desconocen el verdadero acto creador— pueden darse el lujo de reducir la literatura a etiquetas y cajoncitos en donde todo está muy bien clasificado. Si le he de confesar una intimidad, yo no leo a los críticos literarios. En una ocasión Bioy me lo aconsejó después de que habían escrito una nota muy negativa sobre alguno de mis libros. “Ignóralos”, me dijo, y eso es lo que hice a partir de entonces: ignorarlos.

Sus ojos sin luz miran hacia las alturas y continúa:

—Por ejemplo creo que Cervantes nunca se preocupó por el último significado de su *Quijote*. ¿Imagina lo que hubiera

pensado de los críticos literarios? Estaba demasiado preocupado escribiendo. Por cierto —y nuevo golpecito al suelo con el bastón, como para subrayar la frase—, es extraño el caso del *Quijote*. Es el único libro genial escrito por un autor francamente mediocre, como lo demuestran sus otros libros: *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, *La Galatea*, y muy especialmente su teatro. Cuentan que en una reunión de amigos donde se encontraba Groussac alguien comentó que era probable que se hubieran perdido varias obras de teatro de Cervantes, a lo que aquél contestó: “nos queda el consuelo de que hayan sido las buenas”. Yo me adhiero a esa opinión. Cervantes, autor de una sola obra.

Y luego Borges declara, contundente:

—Si no fuera por su *Quijote* no conoceríamos a Cervantes. O diríamos: “qué autor más mediocre”.

—¿Quién sería entonces el más importante escritor de la lengua española?

—No sé, tal vez Quevedo. Aunque Quevedo nunca hubiera alcanzado la popularidad de Cervantes. Carece de la humanidad, de la bondad de éste. Quevedo es un escritor puramente verbal, es pura literatura. Francamente, ya no soporto leerlo. Lo admiré mucho hace años, pero últimamente me resulta insufrible. No se puede leer a un escritor que en cada línea nos está tratando de demostrar que es genial. Qué flojera con los escritores que se saben geniales.

Borges salta a otro tema:

—Es curioso: los escritores clásicos casi nunca reflejan al país del que surgen. En Goethe, por ejemplo, no encuentro nada de los alemanes en general. En Cervantes no encuentro nada de los españoles. Una vez, en París, me atreví a decir que en Shakespeare no encontraba nada de los ingleses, y un inglés se puso de pie, furioso, y gritó: “Shakespeare is England!” Qué horror. Por eso le digo que ciertos temas es mejor no tocarlos, yo que odio las nacionalidades. Pero Borges es Argentina, usted lo acaba de decir —sonríe—. Espero que, finalmente, Borges sea más que Argentina.

—¿Lee poca literatura española?

—Muy poca. Guardo buen recuerdo de algunos escritores como Baroja. *El árbol de la ciencia* me impresionó mucho, aunque no volvería a leerlo. Gracián en cambio me dejó un mal recuerdo. Creo que es un escritor pésimo, casi tonto. Aquello del naufrago que en la tierra deseaba el mar y en el mar deseaba la tierra es algo que quiere ser ingenioso, pero que en el fondo es simplemente tonto. Actualmente prefiero que me lean a los autores que leí de niño: Kipling, H.G. Wells... de Poe releo algunos cuentos, pero como poeta me parece insoportable. "El cuervo" es uno de los peores poemas que se han escrito en lengua inglesa.

Borges tiene que interrumpir sus comentarios porque hay gente esperándolo. Da la impresión de que podría continuar hablando de literatura toda la noche, sin cansarse. Todavía al salir comenta que prepara un libro sobre Spinoza con la esperanza de por fin llegar a entenderlo, lo que nunca ha logrado hasta ahora. Aunque, dice, llegar a comprender totalmente a un autor significa que éste no era tan bueno. Prefiere los autores que se esconden cuando ya los va uno a alcanzar, que nos guardan su último secreto... Como nos sucede al leer al propio Borges.

*9 de diciembre de 1973.*

**Alejo Carpentier:**  
***insertarse dentro de una historia***

**C**arpentier es un hombre alto, delgado, que se dirige a su interlocutor con unos ojos fijos, pugnaces. Cuando escucha conserva la misma actitud, quizás aún más inmóvil, incapaz de interrumpir, esperando a que culmine hasta su última palabra la pregunta o el comentario. Entonces une las manos frente a los labios y desde ahí —desde la máscara improvisada de las manos anudadas— habla en un tono excesivamente pausado. Tiene la actitud de un esgrimista. Las palabras van surgiendo apacibles, inteligentes, directas, todas perfectamente enhiladas, con una lógica y una claridad asombrosas. La voz de Carpentier combina el acento cubano con el francés, recalcando la r. Carpentier es un verdadero espadachín al recibir las preguntas y dar, certeras, las respuestas.

—De niño mis padres me hablaban todo el tiempo en francés. Lo aprendí a la perfección, por supuesto, pero me echaron a perder el acento. Luego, precisamente en una entrevista, un periodista dijo que yo había pasado toda mi infancia en París, lo que es absolutamente falso, y de ahí nació esa absurda idea de que soy un escritor cubano-francés. Soy cubano y nada más que cubano, y creo que mi literatura lo demuestra ampliamente.

—*Su última novela, El recurso del método, parece salirse de la unidad a la que tienden sus trabajos anteriores. No tiene, por ejemplo, ese tono como de música de cámara de El reino de este mundo, ni el gran ritmo de El siglo de las luces o Los pasos perdidos. Por eso, da la impresión de que es una novela diferente,*

“**D**e viva voz se escucha aquí hablar a los protagonistas de un buen trozo de nuestra cultura universal. Gente del siglo que acaba de transcurrir. Algunos son sobrevivientes llegados a la creativa vejez. Otros, la mayoría, irremediablemente desaparecidos —es un decir, puesto que continúan enteros y perdurables en las páginas de sus libros [...]

”Siempre es un placer oír hablar a los que escriben: a los que para vivir han escrito o han escrito para vivir [...] No es frecuente, pero sí muy estimulante para el famoso, encontrarse una tarde con un preguntón que sabe de sus obras, de sus manías, de su credo ideológico y político, y con quien es posible de veras enredarse en una jugosa conversación.

”Éste es el caso de Ignacio Solares —escritor también, como sus entrevistados— que antes que valerse de los lugares comunes del reportero ignorante, sabe tirar la hebra de la plática para convertir en eso, en una plática, la entrevista solicitada oficialmente, o ganada a pulso tras una búsqueda febril [...]

”Son dieciocho capítulos de un libro afortunado. Vale la pena disfrutarlo y subrayarlo porque en la voz de este grupo de notables —no hay figuras de paja— se alcanza a escuchar un rumor de claves literarias, sociales, políticas, ideológicas, dictadas por el cerebro que nos piensa.”

*Vicente Leñero*

ISBN: 978-607-455-514-1



CONACULTA

